



D.L. 5 - 3 - 63 - 10

ISSN 2219-0376

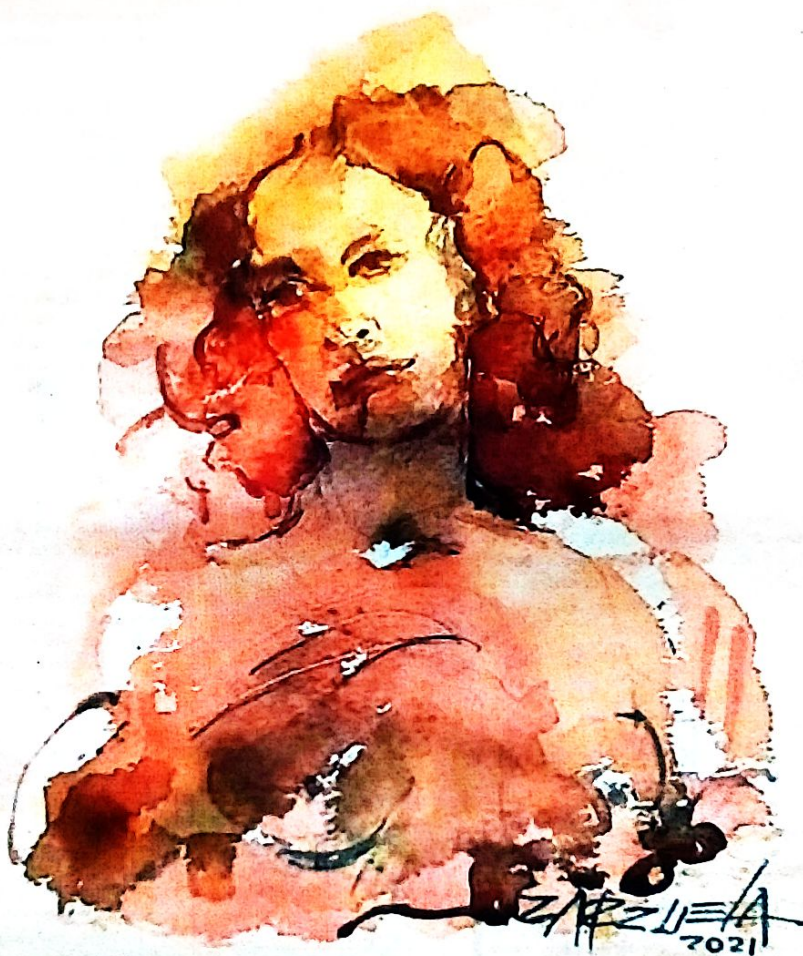
Dame mi día

Dame mi día;
que pueda seguir buscando
un rostro sosegado de años
que un puñado de agua
refleje en transparencia,
y lllore yo de amor por mí mismo.

Marcho sobre tu corazón,
y hay un encuentro de astros
en archipiélagos insomnes,
noche, fraternales para mí
fósil emergido de una cansada ola:

un curvarse de órbitas secretas
donde con hierbas y rocas
yacemos hieráticos.

Salvatore Quasimodo



2Reverdy: Esa emoción llamada poesía 2Iriarte: JLL 3Lema: Hola, mi amor 4&5Lewinski: Lucero en el mercado
6Zegajewski: Poemas 7Mansilla: El autoritarismo, los credos religiosos y los redentores sociales 8Tipos móviles:
Editorial 3600

LA PATRIA

SUB-DECANO DE LA PRENSA NACIONAL

suplemento orureño de cultura

año XXVII n° 703 Oruro, domingo 28 de marzo de 2021



Ella.
Erasma Zarzuela.
Acuarela, 2021

"No hay unas palabras más poéticas que otras. La poesía no está más en las palabras que en la puesta de sol o en el espléndido florecimiento de la aurora —no más en la tristeza que en la alegría. Está en aquello en lo que se convierten las palabras al alcanzar el alma humana, cuando han transformado la puesta de sol o la aurora, la tristeza o la alegría. Está en esa transmutación operada sobre las cosas por la virtud de las palabras y las reacciones que tienen las unas sobre las otras en sus tratos, repercutiendo en el espíritu y sobre la sensibilidad".

Pierre Reverdy, Esa emoción llamada poesía.
Traducción de Diego Valverde Villena



el duende

director: benjamín chávez
director honorario: luis eduardo urquieta molleda (†)
consejo editor: edwin guzmán o. patricia urquieta c. erasma zarzuela martin zelaya s.
Coordinación: julia garcia o. duendeoruro@gmail.com

El Duende no comparte necesariamente las opiniones de sus colaboradores.

www.elduendeoruro.com
www.lapatriaenlinea.com.bo/elduende

FUNDACION



ZOFRO
CULTURAL

JLL

Desde los 19 años, y hasta su muerte en 1976, (José) Lezama Lima vivió en Trocadero 162, La Habana Vieja. Casi podría decirse que no salió de su barrio. Iba a la librería "La Victoria", en las calles Obispo y Compostela, a unas diez cuadras de su casa, en donde se reunía con los colaboradores de la revista *Orígenes*; tomaba algo en "Lluvia de oro", un café que quedaba a unos metros de la librería; tres o cuatro cuadras hacia el mar, estaba la casa del pintor Mariano, en donde surgió el nombre para la revista; a igual distancia quedaban los Talleres Úcar García donde la llevaba a imprimir.

Terco habitante de su ciudad, viajó apenas dos veces al extranjero. Una vez pasó por México, en 1949, y al año siguiente lo hizo por Jamaica. Eso es todo. Incluso cuando en los '60 adquirió cierta fama internacional (al principio gracias a Cortázar, luego por los trabajos de Severo Sarduy) Lezama tampoco salió de Cuba, ni para asistir a presentaciones ni para dar alguna conferencia, ni siquiera para visitar otro país.

Escribir desde un barrio puede ser una gran limitación. Incluso desde un barrio de La Habana, que fue un importante puerto durante la colonia, y que adquirió una visibilidad impresionante durante la Revolución. ¿Cómo escribir sobre China, el cristianismo primitivo, los colores del Nilo o una Europa a la que, como casi todos los latinoamericanos, Lezama admiró y deseó? No vio los colores del río ni las nostalgias europeas, tampoco las novedades de Nueva York ni la refinada extrañeza oriental. No fue testigo de esas cosas. Pero escribió sobretodo eso y más. En el ciclo de conferencias que luego se convertiría en *La expresión americana* (1957), Lezama hizo una personalísima historia del Continente. Escribió sobre la pampa y el gaucho, sobre el Aleijadinho, su lepra y sus esculturas brasileñas, sobre la princesa incaica en el portal de San Lorenzo del Potosí; pero sólo contaba con sus visitas a México y Jamaica, o bien con la infinidad de lecturas que hacía desde su gabinete de asmático. Para escribir un libro semejante, el dominicano Pedro Henríquez Ureña tuvo que padecer un exilio de por vida; tuvo que vivir en México, Argentina, recorrer el continente, y terminar dando unas conferencias en Estados Unidos para lograr *Las corrientes literarias en la América Hispana*. En cambio, Lezama buscó el extranjero en los libros, las láminas, lo que le contó uno y lo que pudo imaginar. Existe una geografía del recuerdo, que es la del testigo. Desde sus inicios, América ha dado este tipo de obras, desde las crónicas de la conquista a los libros de viaje de Humboldt, de las visitas de Sarmiento al americanismo del siglo XX. Pero también existe una geografía imaginaria, hecha con los recuerdos de los otros y la propia imaginación, y esa geografía es, quizá, la de la isla de la Utopía de Tomás Moro y la que Lezama compuso sobre el resto del mundo. Se trata de un territorio íntimo, de una cartografía personal.

Aunque Lezama asimiló el extranjero en sus complejos poemas, ensayos y en su obra narrativa, son sus papeles personales los que constituyen el escenario principal para esta geografía imaginaria. En particular la correspondencia, porque los diarios, si bien muy interesantes desde otro punto de vista, son cuadernos de citas, reflexiones y apuntes, nada parecido a la mezcla chismosa de amores, deseos y malestares que encontramos en los diarios de otros escritores. Por otra parte, desde que a los ocho años escribiera la primera que conocemos, Lezama dispersó una cantidad innumerable de cartas.

Ignacio Irlarte



Hola, mi amor

Gonzalo Lema

Una invitación a la lectura de la nueva novela protagonizada por el investigador Santiago Blanco que el escritor tarijeño afincado en Cochabamba acaba de publicar

No habían terminado de cagarme las gallinas cuando la muy buena y comprensiva de Gladis me despertó arrojándome agua de sapos de un viejo balde recubierto de óxido abandonado en el canchón. Se le había hecho una sana costumbre en los últimos tiempos.

Una deslumbrante mañana llena de optimismo veraniego despuntaba en el paraiso chaqueño llamado Villamontes. El sol candente anunciaba que ardería absolutamente todo en la faz de la tierra, primero a fuego lento pero luego a llama alta, principalmente al mediodía, justo cuando me tocara freír los sábalos en la parrilla de la acera para nuestro restaurante de clientela tan diversa: maticos, chiriguano, weenhayeks, chapacos y tobas extraviados. Si despacháramos un buen olor, nos llegaba algún arrogante descendiente de los fundadores del pueblo. Si catequizaban por ahí a la hora indicada, los simpatísimos suecos de la Pentecostal, atontados como moscas verdes por el calor sofocante.

Las mariposas amarillas revoloteaban alrededor de la humedad. Las mariposas blancas llegarían con su habitual retraso.

—Han matado a tu cuñado, cholero, y dicen que tú eres el sospechoso principal. Vas a tener que ponerte a investigar si todavía te queda seso.

No atendí sus palabras porque nunca lo hacía mientras me duraba la resaca, pero pronto me senté en el piso firme de la corteza terrestre y sacudí la cabeza como los perros. A tiempo de levantarme alcé el machete y con cierto alivio me persigné y le estampé un beso en el estupefacto mango de quebracho. Antes de caminar a la vivienda me miré los brazos: cicatrices viejas, nada más. De peleas viejas. Ni una nueva. Tampoco observé sangre en la hoja acerada y menos materia alguna en la punta ligeramente mellada.

Estábamos a salvo de toda sospecha. Me despedí de los canarios del Chaco con reverencia sincera.

Ingresé a la oscura vivienda y curiosamente no escuché el llanto de Tiago. Tampoco me di de bruces con la cabeza curiosa de Soraya, su difícil madre. Transité el pasillo desde la puerta posterior cruzando algunas mesas y sillas, me detuve firme ante la gruesa manguera colgante del tanque de un viejísimo inodoro de pie empotrado en la pared de piedra y jalé la cadena. Vací una botella y media de cerveza amarga directo a mi barriga. Sacudí nuevamente la cabeza por apenas un

momento y crucé bajo el rollo grueso de la puerta metálica y cerca de la parrilla todavía arrinconada, a observar la realidad refulgente y electrificada de la acera y la calzada.

El mundo comenzaba a hervir anunciando el fin de los tiempos.

Manchas gruesas de grasa de sábalos y algún ocasional dorado. Sarna nutrida de cemento debido a las patas de la parrilla. Colillas aplastadas de cigarrillo. Saldos secos de yuca. Regueros secos de gaseosas y de cerveza. Un brote de hierba tozuda entre las baldosas por ahí. Una columna de hormigas débiles. Un macizo par de lustrados botines negros y cabezones de la punta. Unos pantalones con calda y planchados con raya. Un ancho cinturón negro circunvalando un mundo casi redondo con una hebilla plateada conteniendo apenas un brioso potro de crines doradas. Una camisa del mismo color cola de cebolla del pantalón oscurecida desde las axilas a las costillas flotantes. Un simpático rostro mestizo, redondo como un sol moreno, de bigote sucio de comida, y un par de ojos negriscos y grandes muy propio de los cuchis del monte mismo. Una gorra de capitán de la policía boliviana coronando la testa sumamente burbujeante entre los cabellos parados.

Una sonrisa de paz y amor. Le faltaba un faso de marihuana.

Saturado por tanta belleza no tuve ánimo para mirar el color del cielo ni los rayos del sol.

—Carlitos Aguilar —lo saludé contento.

Gladis había comenzado a barrer la acera desde el meticuloso límite con los vecinos viejos, guiándose por el cambio alarmante de colores de las fachadas, muy cuidadosa de no asentar ni un pelo de su fatigada escoba en la baldosa ajena.

—Estamos en los, Blanquito. Han degollado a uno de los Leches.

—Van dos —dije.

—Ya se lo he dicho en el canchón y no ha querido escucharme —opinó Gladis.

—Pero éste estaba farreando contigo anoche en el putero, dicen.

—En otra mesa.

—¡Una vergüenza! ¡Y a tu edad! ¡Si ni siquiera te alcanza tu hombría para el gasto de la casa! —denunció Gladis. El capitán contuvo la risa, pero no el temblor de su barriga.

—El gran fiscal Delfín Moreno quiere comparar tu ridícula condición humana con el maravilloso reino vegetal en el lugar de los hechos.

Suspiré profundamente. Gladis ha-

bía logrado diferenciar nitidamente nuestra parte de la acera de la parte de los vecinos. Claro que los vecinos ni siquiera tenían un metro porque estaban en pleno ochave de la esquina, y su puerta principal, e inclusive sus dos ventanas con reja, daban a la calle con nombre de un héroe importante de la guerra del 32: Capitán Víctor Ustariz. En esos pocos centímetros se quedó la tierra arrastrada por el viento de la tarde anterior. La de nuestra acera iba a depositarla en una bolsa de tocuyo, como cada día. No le importaba que se lo criticáramos en familia. Apenas se alzaba de hombros y fruncía la nariz.

—Guardas mi machete —ordené—. Cargas el tanque y le cuelgas la barra de hielo como te he enseñado. Ya vuelvo.

Comencé a caminar junto a la autoridad policial.

—Machito. Gordo hediondo.

Una bandada de loros chocleros y charlatanes se anunció bullicioso y amenazante en el horizonte de matorrales espinosos y trenzados, y algunos pocos tucanes optaron por las de Villadiago. De inmediato se posaron en el follaje tupido y vibrante de los gigantes churquis que nos proveían sombra y siguieron su conversa apasionada sobre el parlamento condicionándonos a alzar toda la voz posible para escucharnos.

Dorado por un sol bíblico de los primeros tiempos y aprisionado, se diría amorosamente, por la vigorosa enredadera crecida en horas grácias al poderosísimo roble (de fino tallo verde de lechuga y flores violetas con boca grande y hambrienta de nítido paladar rojo), el cadáver cuasi descabezado de Omar Ferrarino parecía retomando del urinario a la mesa de la víspera, un poco tambaleante por el mucho trago.

Hacía menos de cinco horas que parlotaba casi a mi lado.

Si bien tenía el cuerpo trenzado por la planta, y la planta se aferraba al tronco de un árbol añoso y recubierto de musgo, la pierna adelantada nos mostraba su intento de salir corriendo de aquella mortal situación. También las manos desesperadas con los diez dedos abiertos y tensos. Pero la cabeza ladeada sobre el hombro derecho, debido al profundo tajo de machete en la base del cuello, sugería resignación y cansancio. Sueño profundo. La falta de zapato y calcetín en el pie izquierdo develaba resistencia tenaz y larga a los aprestos asesinos.

Bueno, se podía practicar otras lecturas del cuadro.

Los ojos menudos y del color de las hormigas del fiscal barrieron con meticulosidad toda el área y se distrajeron con las mariposas amarillas que aleaban excitadas en el orificio sanguinolento del cuello de Ferrarino.

—Las mariposas blancas se arremolinan ante una gota de agua —dijo—. Las amarillas van por la sangre. Usted es colla. ¿Sabía eso? Puede leerlo en cualquier tratado sobre la guerra del Chaco. La sed era desesperante. Todos peleaban por el

agua. Pero la orina también servía. Y la sangre. Me refiero a hombres y animales.

Me asombré moviendo la cabeza un milímetro.

El fiscal se sonrió un tanto arrogante. Caminó dos pasos lentos hacia el cadáver y se puso de cuclillas. Pareció estudiar el pie desnudo. Recorrió el largo de la pierna y del cuerpo. Se detuvo en las manos con el propósito y esperanza de hallar algo. Cualquier insignificancia. Sacudió la cabeza y se puso de pie con cierta dificultad. Atisbó el tufo del cuello, espantando a las sedientas mariposas, como quien se asoma a un precipicio profundo.

—Propio de un toba enojado —dijo—. O de un matico borracho. Claro que cualquiera lo haría a cambio de algo de oro. Dígame: ¿usted no estuvo compartiendo con él anoche?

—En otra mesa.

El capitán Carlos Aguilar dio un pequeño giro de perro en el lugar un tanto incómodo, y su cuerpo me pareció un planeta en rotación. También mordió un yuyo.

El fiscal husmeó en el piso de tierra roja de alrededor. Caminó con la espalda doblada y flexionando las rodillas. Parecía un baile de lequeleques del altoplano. Se irguió un poco, después, cuando las espigas desmesuradas de una caraguata le salieron sorpresivamente al encuentro.

Chorreaba de sudor a mares.

—La gente me dice que Ferrarino no lo quería en su familia —dijo. Más de un diente pareció pelarse de labios con su sonrisa a medias.

Supongo que no estaba ninguna seño-

rita en cuestión.

—Supone bien. Estábamos en prostíbulo. Borrachos y putas.

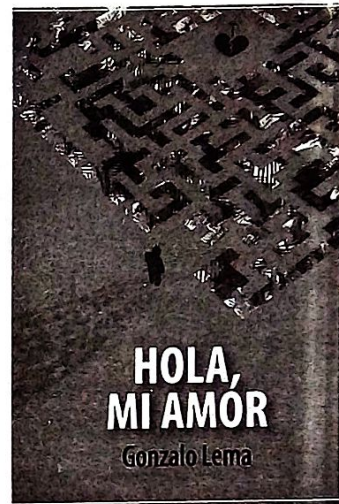
—Pero también supongo que prime se miraron como media botella de n con el occiso y luego ya riñeron. ¿amenazaron de muerte?

Me miró fijamente. Parado a lado Ferrarino parecía un pescador exito mostrando su dorado. La tapa lustrada de Caza y Pesca.

—Nos amenazamos —reconoció.

—Pero ni siquiera llegaron a las n nos —dijo él y me pareció que por terminado ese primer capítulo. Giró el cuerpo y observó el cadáver con curiosidad de biólogo—. Es sorprendente: ha comenzado a crecer un alga y musgo en el cuello. El re vegetal es superior al reino animal. Continuaré aquí cuando nosotros no estemos más.

El capitán Aguilar pareció desconfiar. Escupió apurado el yuyo, se limpió la boca con el dorso de la mano. Su camisa íntegramente, y parte del pantalón, habían mudado de color: del reglamentario verde propio la cola de cebolla al verde petróleo. Seguramente tenía los calcetines listos para expimirse a dos manos. Dos gruesos hilos turbios de traspiración espesa bajaban veloces desde sus patillas hasta el primer anillo de su abdomen.





Lucero en el mercado

Liliana Lewinski

Fragmento inédito de un libro que su autora llama "de etnología ficción o etnología novelada" y que son crónicas de la violencia cotidiana en Oruro. Si bien lo narrado se basa en el trabajo de campo que la autora realizó entre 1982 y 2010, la cualidad ficcional del relato hace que toda posible evocación de hechos o personas reales sea mera coincidencia.

10 de noviembre 1986, medianoche

Lucero abrió los ojos, casi gritando, cuando la puñalada le atravesó el pulmón. Miró y vio un turril de lechugas y vio la Virgen paseando por los pasillos de su sección.

¡el cuchillo, hijo! hijito... wawita de mi corazón... ¡ay!... el cuchillo... duele... no te vayas... no me dejes... hijo...

Y la noche la acunó, definitivamente.

Años más tarde Tonio, ya convertido en don Antonio, seguirla buscando en sus recuerdos ese cuchillo. ¿Dónde estaba cuando entró en el cuarto y verla a su madre, en la cama, cubierta de sangre? Cómo verlo si él sólo veía la mamita mamitay que ya no contestaba y su prima que gritaba y lloraba y él que lloraba y gritaba papá, papá y mamá, mamá y nadie contestaba y él que seguía escuchando alaridos en su cabeza que no sabía de dónde venían, que no, que no venían de afuera, alaridos que gritaban y llenaban su cabeza desde hacía horas y que habían aumentado en las últimas horas, cuando trataba de comer con su abuela y no podía, no podía porque algo ardía en su cabeza y para apagar el fuego buscó a su padre y sólo encontró a su madre ensangrentada...

Horas más tarde, cuando el policía le preguntara y su tía le hiciera señas por detrás del uniformado, horas más tarde ya no sabía cómo habían pasado los minutos entre la imagen de la madre ensangrentada y la voz del padre que le pide dinero. ¿Dinero! a él que nunca tenía más que algunas monedas en sus bolsillos. Dinero cuando mamá está ensangrentada. ¿Dónde estaba el cuchillo? ¿Dónde estaba papá? ¿Dónde estaban los tíos? ¿Dónde estaban las tías? ¿Qué había pasado? ¿Por qué descendió corriendo las escaleras y corriendo atravesó el patio gritando papá, papá y gritando abrió la puerta de calle y gritando y corriendo en la oscuridad fue detrás de su padre que corría hacia la esquina? El adolescente casi tropezó con su padre cuando éste titubeó escuchando la voz de su hijo.

-Papá... ¿que has hecho?... mamá...

-¿Has visto?... ahora sabrá quién soy... dejará de burlarse... dejarán todos de burlarse de mí...

-Papá...

-Me voy... no vuelvo... dame platita waway que me voy... no nos veremos más... qué pena waway...

Y le dijo dónde iría y Tonio lo repetiría a sus tíos y a sus tías y a su abuela, cuando ya estaban en la casa de regreso del hospital cuando les habían dicho que mamá había muerto. Y los parientes repitieron



y repitieron dirás que lo habrás visto pero no dirás dónde está, dónde fue. No sabrás nada. Diremos que él fue, mostraremos el cuchillo que está allí sobre el tejado. El cuchillo. Años más tarde ni sabría si era cierto que el padre le dijo dónde iría.

Entretanto, los gritos de la sobrina de Lucero habían alertado a toda la familia. Salían de la cocina o de sus piezas. Corrían por el patio y subían la escalera. Entraban en la habitación y la miraban. Estaba lívida. Los parientes no comprendían. Respiraba mal. Se escuchaba un ronquido.

-Levantémosla para que respire mejor.

Entre dos, entre tres, la levantan, tratan de ponerla de pie. La mixtura se desprende de sus cabellos negros. Las manos se mojan de sangre. ¡En la espalda! En la espalda hay sangre y por todos lados hay sangre. Luego dirían que un mango de cuchillo sobresalía de la espalda y que unas manos, ¿cuáles? ¿quién sabrá? lo arrancaban:

-¡Al hospital! ¡Se muere!

Entre todos la bajan con dificultad, con torpeza, con terror, extendida sobre una cama. Hermanos, cuñadas, sobrinos ayudan. La bajan por la estrecha escalera, atraviesan el patio, salen a la calle. La madre de todos los hermanos vuelve a entrar en la cocina para buscar su monedero. Alguien ya había corrido a buscar un taxi. El

pobre automóvil llega. El conductor mira con pena la mujer ensangrentada. Piensa en su tapizado. La acomodan en el asiento de atrás. Calman al conductor prometiéndole limpiar más tarde el taxi.

- ¡Al hospital!

Unos minutos de carrera por las calles, entre los montones de basura, los perros que comen, los borrachos que cantan, las familias que vuelven de los festejos.

- ¡Al hospital!

Llegan a las urgencias. Los hermanos gritan, gritan. Los camilleros vienen a buscar a la mujer sin fuerzas. Sin vida.

ay wawitas ya me fui... que es dolor vivir.

Lucero, mujer casada, amó a otro y la mataron. Lucero amó y la amaron. Algunos, mal la amaron. Algunos amaban lo que no cambia. Ella amaba la libertad de elegir.

11 de noviembre 1986, 9 de la mañana

Mañana soleada. El viento baja del Pie de Gallo, pasa la Plaza Cívica, la del Carnaval, agita las hojas de los árboles de la plaza de la Prefectura. ¡Árboles en el Altiplano! Pobres criaturas que resisten calores que hieren sus hojas y escarchas veraniegas que los queman en los amaneceres. El viento mira las tejas rojas cada

vez más escasas perdidas entre los techos de calamina. El viento se acerca a las vías del tren que alguna vez fue a La Paz. Allí su infula aumenta y comienza a barrer los papeles picados que cubren las calles en derredor del Mercado Campero, sigue, sigue barriendo y llega, un poco perdido y sorprendido hasta un Mercado Bolívar que no reconoce.

-¿Dónde estás, mercado chato?

-¿Con tu piso de cemento, los puestos de madera alineados formando una tela de araña, los toldos blancos protegiendo las mercaderías expuestas y vendedoras sentadas en su banquillo trono mirando pasar los compradores desde la altura imponente de sus tablados altos, de unos 40 centímetros?

-¿Dónde están las casillas azules que rodean tus murallas, Mercado Bolívar?

-¿Dónde están los canastos altos y delgados de las vendedoras de frutas que se escapan de tus murallas y venden de pie sobre el asfalto?

-¿Qué hace esa estructura hormigonera y gris de dos pisos con ojos múltiples y sin expresión que dejan ver un cerebro monstruoso y vacío?

-¿Dónde está tu bullicio, Mercado?

¿Dónde estás Mercado Bolívar? Ah, allí estás, desparramado por las calles. Mientras esperas,

un día, volver a reunir a las comerciantes. El viento sigue su camino. Los puestos están todavía cubiertos por los lienzos habituales que los protegen durante la noche. Son ya las 10 de la mañana. Los puestos de las vendedoras que se levantaron temprano, a pesar de la larga fiesta del día anterior, muestran flores marchitas y serpentinatas que se aburren y que caen, lentamente, sobre el adoquinado de la calle. Algo parece quedar de la alegría que ayer, Día de los Mercados, había invadido el lugar, en esa última década del siglo XX.

En la Sección verduras, las comerciantes se agrupan, serias, atentas, escuchan un relato, bajan la mirada, suspiran y se agrupan todavía más para poder hablar más bajo.

-¡Qué desgracia...

-Los hijitos...

-Pobre hombre...

-Pan de Dios es...

-Qué vergüenza...

-Su madre nos decía...

-La papera, su vecina, decía que no se recogía...

-Mártir será...

-Su madre de ella nos decía "mucho me hace sufrir, la muchacha como soltera vive, se va a beber con otras mujeres, se recoge tarde o no se recoge, ni la comida cocina para su esposo..."

-Le había dicho a la papera que su marido debía reñirla porque era mal ejemplo para todas...

-Si el marido se ha ido, ¿quién pagará el entierro?

Los lamentos de las mujeres estallan en andanadas. Se escucha un lamento nunca escuchado antes en el mercado. Sus gritos y sollozos recuerdan una melodía trágica, plena de horror contenido. Las vendedoras se cobijan en sus mantas. Los cuerpos parecen empujados, como buscando entrar en ellos mismos. Los rostros, que se esconden, están tendidos. Los gestos son mínimos y el horror es grande.

Luego, cada una regresa a su lugar para comenzar el día de trabajo. Algunas barren las maderas de su espacio buscando olvidar lo escuchado. Otras, quedan casi paralizadas mirando sus cajones, sus bolsas, la balanza. ¡Tanto trabajo para llegar a unas cuchilladas!

"Se presume que las razones de este grave caso habrían sido pasionales y el exceso de consumo de bebidas alcohólicas" dirán los periodistas ¿Para qué buscar más lejos?

10 de noviembre 1986, 6 de la mañana

Las 6... Salí de la cama cobarde... Salí Lucero... Salí... ¡Haragana! ¡Vamos... Vamos!
¡Ay! Qué cosas me digo para sacarme de la cama. ¡Vamos! Hay que ir a la Yakovic. Los camiones estarán llegando, las amigas también y las enemigas más. Esas que andan hablando con mi mamá. Esas que de mí hablan basuras. ¡Qué saben esas! ¡Que se ocupen de su trase-ro! ¡Que se ocupen de sus negocios.
Salí de la cama y no lo mires. Asco me da... Odio me da... Qué gordo está y qué malo. Har-to me pega. Y cuando duro está me dice ¿Qué me miras katera de mierda? Que tanta plata ganas y que me desprecias... Pero yo soy co-rajudo y de la casa no te irás. No podrás irte. ¡Soy tu marido y conmigo te quedarás!



Liliana Lewinski

Liliana Lewinski

El sigue pegándose, se calma solo cuando se duerme, borracho.

Lucero era la más joven de la casa. Había dos hermanos y dos mujeres y el entenado, el hijo que Mamá había tenido antes de casarse con Papá. El entenado venía poco a la casa, venía para las grandes celebraciones, pero visitaba a la Madre en su puesto en la calle, esperando que el nuevo Bolívar sea construido.

Los hermanos se habían casado e instalado en La Paz. Aun la hermana mayor se casó y se marchó a Santa Cruz. Todos fueron a buscar mejor vida y mejor destino lejos de Oruro. ¿O lejos de la madre autoritaria?

Lucero se quedó en Oruro. Difícil de ser la última, la menor. La que ha tenido que quedarse en la casa para ayudar a la madre en la venta en el mercado y a hacer todo en la casa, arrinconar, lavar la ropa y cocinar. Pero ella tenía otros deseos, otros planes. No quería ser comerciante. Quería ser enfermera o secretaria. No quería ir siempre a sentarse en el mercado. No sabía bien lo que quería hacer, pero seguro que no quería ser comerciante. Era duro, era duro y quería ser como las señoras de Arriba. Las que vivían hacia la falda del cerro, donde había lindas casas y no en el Arenal, donde había polvo y casas feas. Quería calzar tacos, vestir lindas faldas y no vestido como las cholitas modernas, ni polleras como las cholitas antiguas. Quería tener las manos limpias, sin grietas, con las uñas limpias. Quería tener el pelo siempre limpio y no lleno del polvo de la calle y del mercado. No sabía lo que quería hacer, pero, era seguro, no quería ser comerciante. Por el momento quería bailar y salir con las amigas del colegio.

Mientras esperaba que llegara el día de jurar como bachiller iba a los bailes de los sábados por la noche. Allí conoció varios jóvenes y encontró varios hombres. Uno de ellos, insistentemente y haciéndola beber le robó el entendimiento y lo siguió, una noche, cuando los músicos se fueron. No pensó más en él durante algún tiempo. Los cursos continuaban. Una mala mañana, contando los días y las semanas comprendió que sus reglas se habían retirado. ¡Estaba embarazada! A los 15 años había sido engrosada. ¿Qué hacer? ¡Ni modo! había que hablar con su Mamá. Y su Mamá dijo "Harás como todas nosotras o crías sola a la wawa y vas a sentarte al mercado o te casas y ayudas a tu marido vendiendo en el mercado". Ni pensar en seguir estudiando. Ni pensar en ser enfermera o secretaria.

Liliana Lewinski es antropóloga e historiadora franco argentina. Reside en Francia.

Vamos a trabajar, hay que ganar. Con dinerito podré irme. Con dinerito pagaré al doctorcito y me divorciaré. Me llevaré a las wawas. Mamá se enojará. ¡Ni modo! Todavía se enojará. Siempre se ha enojado conmigo. Una vez más se enojará.

¡Vamos a trabajar! Hay que ganar.

Ah, hoy por fin seré pasante. Tanto rezar a la Virgencita y ¡por fin llegó mi día! Hoy por fin tocarán la sonorización por mí y vendrán a darme el preterio y todos me felicitarán.

Olvidaré a ese gordo y pensaré en la Virgencita y le pediré, le rogaré y ella me escuchará y me irá. Al año, cuando sea la pasante de su fiesta ya estaré con Julián Solano y las wawas en la nueva casa. La Virgencita nos bendecirá y ayudará.

¡Esa barriga! Qué gordo se ha vuelto. Joven era gordito, pero ahora... ¡Qué gordo! ¡Qué borracho!

Me voy antes que se despierte. Me voy para siempre. Me divorciaré y me casaré con Julián. Ese gordo no me puede obligar a quedarme. Me iré con las wawas, comprenderán ellos. Cansada estoy de los gritos y los puñetazos y las borracheras de ese gordo. Ni moderno es, se viste siempre como cholo. Se enoja porque visto pantalones y no vestido. Ni moderno es. Ni gana lo suficiente para que las wawas vayan a estudiar. Pero hay mi comercio y mis caseras. ¡Vamos a la Yakovic!

Se viste apresurada. Vestido azul y manta gris. Medias y los zapatos bajos. Toda la ropa fue comprada la semana pasada. Fue la fiesta antes de la fiesta. Olvidándose por una hora de su mercadería, que dejó tapadita con una bolsa de harina, se fue a pasear por los angostos pasillos del Mercado Fermín López. Se dejó tentar por un hermoso vestido, por el más lindo mandil y un bombín... Qué lindo bombín que haría brillar los ojos de Julián. Linda mujercita de mi amor, le dirá. Alisa el cabello con agua y un golpe de peine. Revisa su monedero, necesita suficiente dinero porque tendrá que comprar chicha para homenajear a los pasantes de la Virgencita y para agradecer a la compañera que le pasará el preterio y para agasajar a todas las otras

compañeras, amigos y parientes que vendrán a felicitarla. Una... dos o tres latas de chicha. Se asoma en la habitación contigua donde duermen sus tres hijos. El mayor, Tonio, ya comienza a revolverse como si fuera a despertarse. Qué grande está. Ya tiene sus 18. Pronto irá a trabajar y al cuartel y vendrá con enamorada y al año será abuela. A los 35 será abuela. Julián estará contento de ser abuelo. El ya quiere a mis hijos como quiere a los suyos. Lindo será. Cierro suavemente la puerta de sus hijos y sale a la calle. No tiene tiempo de tomar un matecito. Camina a lo largo de la calle, dobla hacia el mercado y sigue hacia la riel buscando la zona de estacionamiento de los mayoristas de tomates y verduras varias.

Nunca le perdonaré a mi mamá el escándalo de la foto. Qué escándalo y qué vergüenza.

Cansada volvía del mercado, pensaba que tenía que lavar la ropa del marido y de las wawas, que tenía que cocinar y mirar los deberes de la wawa y preparar la ropa para la escuela de mañana y arrinconar toda la casa. Tan cansada estaba. ¿Luz en el cuarto de Mami? ¿Qué será? me pregunté. Mami me llama. En el cuarto hay cuatro personas. ¡Ay, Julián! ¿Estás aquí? ¿Qué haces aquí? ¿En mi casa? ¿Qué son ellos? «Esos son los padres de la señora» dice mi mami. Y me dice que la señora encontró mi foto en la ropa de su marido. ¡El muy tonto! ¡El pobre! Y todavía todos me dicen regaños, súplicas, consejos, me recuerdan las palabras del padre en la iglesia durante el casamiento, que el casamiento es sagrado, que no se debe mirar a otro hombre, que no se destruye una familia, que me irá al infierno, que piense en mis wawas y en mi marido que es un santo. «Yo me quiero morir de vergüenza, digo, no sé de qué me dicen. No hice nada». Los regaños continúan y yo digo siempre no. Si supieran cómo pienso en mis wawas.

Cansados y enfadados, me piden que piense. Mi mami nos pide darnos el abrazo cristiano de perdón. Nos abrazamos y se van. Me voy a mi cuarto. Mi marido entra borracho, furioso. «¡Haz negado!» y me da de puñetazos. La wawa mayor le pide «no papa, no le pegues».



A dam Zegajewski

Adam Zegajewski (Lwów, 1945 – Cracovia, 2021) Poeta, ensayista y novelista polaco. Ha publicado, entre otros, los poemarios: *En la belleza ajena* (2003), *Tierra del fuego* (2004), *En defensa del fervor* (2005), *Deseo* (2005), *Dos ciudades* (2006), *Antenas* (2007), *Solidaridad y soledad* (2010) y *Mano invisible* (2017).

Ruth

A la memoria de Ruth Buczyńska

Pasó la guerra en Tarnopol. En las tinieblas y en la penumbra. En el temor. Tenía miedo de las ratas y de las pesadas botas, de las altas conversaciones, del griterío. Ahora ha muerto, en la oscuridad, en el silencio blanco de una sala de hospital. Era judía. A veces no sabía qué significaba aquello. Una cosa tan sencilla y del todo incomprensible, como la álgebra. A veces lo intuía. La Gestapo sabía perfectamente qué significaba ser judío o judía. La gran tradición filosófica ayuda, las definiciones son afiladas como un cuchillo, certeras como una flecha budista. Era guapa. Debería haber desaparecido entonces, como otros, como otras, desaparecer sin dejar huella, partir sin elegía, como tantos, como el aire pero vivió largo tiempo a la luz del día, en el sol, en el aire cotidiano, en el oxígeno de esa simple Cracovia. No solía saber qué significaba ser una mujer guapa. El espejo callaba, no conocía las definiciones filosóficas. No había olvidado aquellos tiempos, pero casi nunca hablaba de ellos. Una vez sólo explicó esta historia: su gata preferida no se quería quedar en el gueto, dos veces por la noche volvió hacia la zona aria. Su gata no sabía quiénes eran los judíos y qué era la zona aria. No lo sabía y por eso saltaba hacia la otra parte como una flecha. Ruth era abogada y defendía a los demás. Quizás por eso vivió largos años. Porque los demás son muchos y necesitan ser defendidos. Nunca van a faltar los inculpadores, pero hay muy pocos defensores. Era una buena persona. Y tenía alma. Creemos saber qué significa esto.

En ningún lugar

Fue un día en ningún lugar al volver del entierro de mi padre, un día entre continentes, iba perdido por las calles de Hyde Park escuchando retazos de voces americanas, no pertenecía a ningún lugar, era libre, pero si eso era la libertad, pensé, preferiría ser cautivo de un buen rey, de un cálido emperador; las hojas fluían a contra corriente del rojizo otoño, el viento bostezaba como un perro cazador, la cajera en el colmado, en ningún lugar (le intrigaba mi acento), me preguntó de dónde era, pero lo había olvidado, tenía ganas de hablarle de la muerte de padre, pero pensé: ya soy demasiado viejo para ser huérfano; vivía en Hyde Park, en ningún lugar, where fun comes to die, como decían no sin envidia los estudiantes de otras universidades, era un lunes sin carácter, cobarde, sin forma, un día sin inspiración, en ningún lugar, ni siquiera el penar había adoptado una forma radical, tenía la sensación de que el mismo Chopin en un día como ese se limitaría, en el mejor de los casos, a hacer clases a estudiantes aristocráticas, acaudaladas; de repente me acordé de lo que había escrito de él Gottfried Benn, dermatólogo berlinés, en uno de mis poemas preferidos: «Cuando Delacroix anunció su teoría estaba angustiado, puesto que él no era capaz de justificar los nocturnos», estos versos, irónicos y tiernos a la vez, siempre me colmaron de una felicidad casi tan grande como la música de Chopin. Una cosa sí sabía: tampoco hace falta justificar la noche, ni el dolor, en ningún lugar.

Mis poeta preferidos

Mis poetas preferidos no se han encontrado nunca Vivieron en diferentes países y en diferentes épocas Rodeados de la banalidad por gente buena y mala vivieron modestamente como un manzano en un jardín Amaron las nubes levantaban la cabeza por encima de ellos fluía una gran armadura de sol y de sombra era como una película que no tenía nunca final Los instantes de amargura pasaron rápidamente los instantes de felicidad también A veces sabían qué era el mundo y escribían duras palabras en un papel sedoso A veces no sabían nada y eran como niños en un patio de recreo cuando caía la primera gota de una cálida lluvia

1943: Werner Heisenberg visita a Hans Frank en Cracovia

Una visita nada fácil, si bien las partículas elementales nunca comentaron aquellos sucesos de entonces. Hans Frank, distinguido conocedor de arte, asesino, fue compañero de colegio de su hermano mayor (les unía la afición de ambos por la música). No se elige a los hermanos, ni a sus compañeros.

Le extrañó un poco que Frank eligiera el castillo real como lugar de residencia. La gente que veía por las calles le parecía triste, se movía como negras marionetas, allí arriba, unas nubes violetas, amenazadoras, allí abajo, la ciudad como un espejo mate.

Era diciembre, un mes mate. Las partículas elementales callaban. Dio una conferencia (sólo para los alemanes). No podía entender aquellas nubes, aquel espejo, por suerte pronto se sumió en otras preocupaciones: ardía su patria.

Aquellas calles oscuras no eran su patria. Árboles sin hojas, frío, mujeres con chalecos y pañuelos enclavados, tal vez sea un sueño. En su biografía calló ese episodio, al fin y al cabo no tenía importancia. Lo que es mudo que permanezca mudo. Eso fue lo que pensó.

Martín Pescador

As kingfishers catch fire...
G. M. Hopkins

Vi cómo un Martín pescador, en su vuelo sobre la superficie del mar, un vuelo sencillo como la vida de Euclides, sencillo e impetuoso, de repente estallaba en una plenitud de colores, vi cómo el salvaje fuego del mundo recubría sus alas, pero no mataba, antes bien inducía a que aquel proyectil irisado alcanzara seguro la orilla rocosa, el nido allí escondido; resulta que las llamas también pueden ser refugio, una casa donde arden los pensamientos pero no son destruidos, una prisión que nos libera de la indiferencia, de la apática observación de una tarde ociosa, un potente oximoron, a veces también un poema, casi un soneto.



Su poesía, al igual que su obra en prosa, es fiel a las diferentes tradiciones de ese decir y pensar que surge del dolor; pero que logra revelar la belleza, la alegría y la verdad de la cotidianeidad de las esquinas y de las circunstancias mínimas. Hay una generación de poetas españoles que puso sus ojos en la escritura de Zegajewski, a los que legó manuales de decencia cívica y mostró que «lo que esperamos de la poesía es la poesía». (EC. Alabanza al mundo herido)

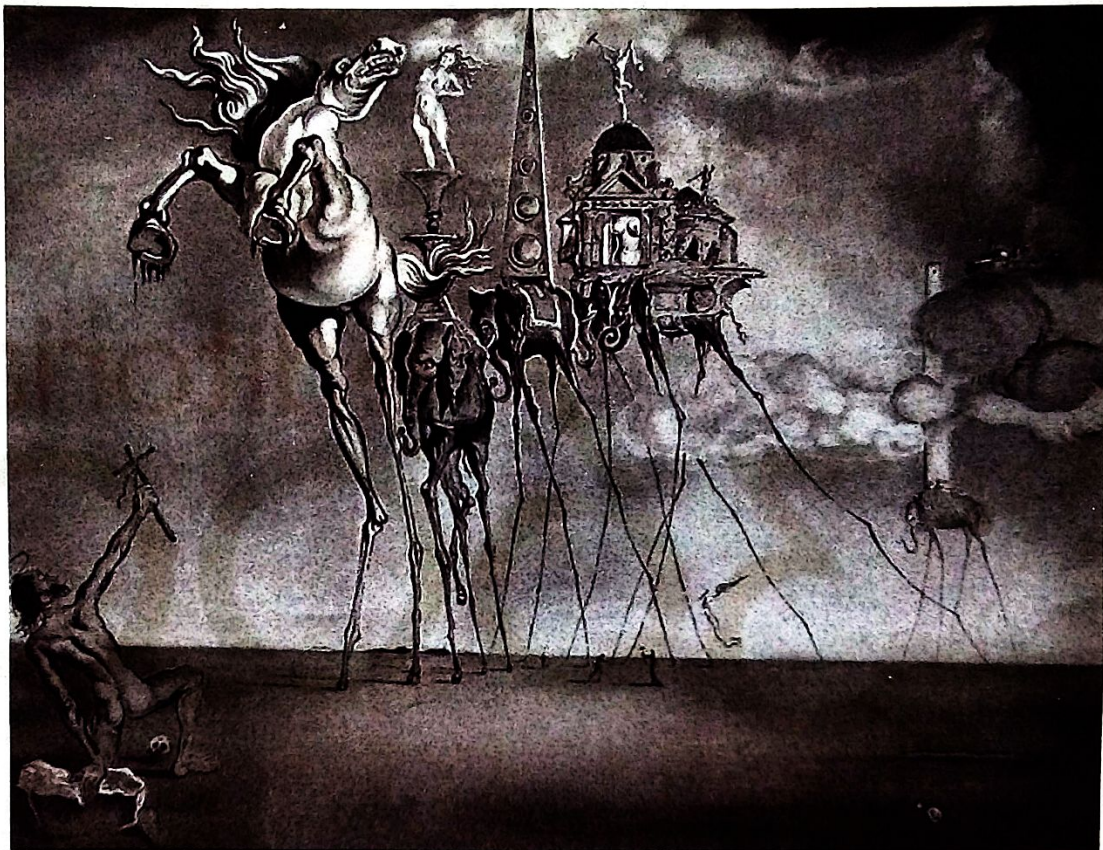
El autoritarismo, los credos religiosos y los redentores sociales

H. C. F. Mansilla

Hay que mencionar algunos fenómenos que han acompañado desde un comienzo remoto a casi todas las manifestaciones del sentimiento religioso. La intolerancia, el dogmatismo y el desprecio del Otro han sido los más frecuentes y los más dañinos de esos aspectos, y los que han dejado la huella más profunda en numerosas sociedades. El factor religioso es fundamental para comprender la situación contemporánea de la cultura política en América Latina. Durante un tiempo muy largo, tanto en la época colonial como bajo los regímenes republicanos, la mayoría de la población estaba sometida a pautas de comportamiento que favorecían una identificación fácil de la sociedad respectiva con los gobiernos y los sistemas culturales imperantes; estas normativas no fomentaban la formación de consciencias individuales autónomas con tendencia crítica. Hasta la segunda mitad del siglo XX la Iglesia Católica promovió esas actitudes con la fortaleza que le brindaba su autoridad y su prestigio culturales. Se puede afirmar que la atmósfera general estaba impregnada por enseñanzas dogmáticas de origen religioso, que poco a poco han cedido su lugar a ideologías políticas de distinto contenido, las que, sin embargo, rara vez han abarcado una orientación racional, pluralista y tolerante.

Aunque el orden social respectivo haya experimentado paulatinamente desde comienzos del siglo XX la importación de tecnologías modernas de variado tipo, la llamada *inercia cultural* contribuye a preservar una continuada vigencia de esos valores conservadores de orientación. En este contexto de poca información y mucho adoctrinamiento lo usual es la reproducción de las prácticas políticas tradicionales; la más habitual ha sido el culto del hombre fuerte, el pastor que guía sabiamente a su grey, el caudillo que gobierna sin mucha consideración por el Estado de derecho... y con la aquiescencia de gran parte de la población. Este consentimiento y sus tendencias serviles se derivan parcialmente del infantilismo de las masas, las que al mismo tiempo temen y aman a sus gobernantes, como muchos hijos llegan a querer a los padres que los han castigado severamente en la infancia.

Considerando este trasfondo se puede entender mejor cuán expandida y profunda resulta ser la resistencia popular en América Latina a las formas modernas de la democracia. Hay que considerar la alta posibilidad de que una creación fundamentalmente racionalista, como es la democracia contemporánea, sea extraña a segmentos sociales que sólo han recibido influencias culturales muy convencionales y de carácter preracional, como han sido



los valores religiosos colectivistas en la época colonial española y las normativas conservadoras y provincianas de buena parte de la era republicana. Es probable que los procesos modernos de autodeterminación humana y sus mecanismos organizativos e institucionales sean difíciles de comprender para las masas y que, en situaciones críticas, lleguen a ser odiosos para las mismas. Elementos irracional-románticos, como la sangre y la ascendencia común, se convierten entonces en instrumentos explicativos de amplia aceptación popular para entender una realidad que, en el transcurso de los procesos modernizadores, es percibida como insoportablemente compleja e insolidaria. Esta constelación trae consigo, en general, la renuncia a elementos y procedimientos racional-deliberativos.

Esta situación ha sido conformada por varias herencias culturales, entre las cuales sobresale la ya mencionada religiosidad popular que se arrastra desde los tiempos coloniales en América Latina. A causa de sus implicaciones socio-políticas, el sentimiento religioso del período barroco es considerado ahora como la gran creación espiritual y social de la Iglesia Católica. Este senti-

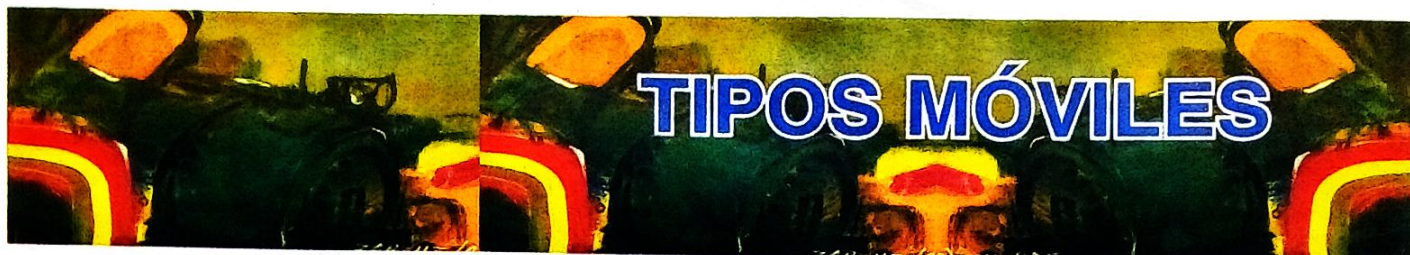
miento colectivo sería la expresión más fidedigna de los valores e ilusiones de los estratos populares. Su naturaleza comunitaria, ajena a planteamientos filosófico-teológicos, y sus inclinaciones místicas y utópicas habrían acercado esta religiosidad a la sensibilidad de las clases populares y la habrían contrapuesto, exitosamente hasta hoy, al liberalismo individualista, egoísta y cosmopolita de la cultura occidental. Debido a la enorme influencia que tuvo la Iglesia en los campos de la instrucción, la vida universitaria y la cultura en general, todo esto significó un obstáculo casi insuperable para el nacimiento de un espíritu crítico-científico.

Los creyentes en esta fe suponen que la verdadera evolución política es idéntica a la voluntad de Dios o, en términos seculares, a la voluntad de la historia universal. Esta última, para convertirse en manifiesta, requiere de la interpretación auténtica de una iglesia o de los intelectuales que hablen a nombre de ella. Pese a estos aditamentos de intelectualismo racionalista, el resultado final es similar a los impulsos religiosos y a los mitos tradicionales que prevalecen desde hace siglos. Y para encarnarse en la realidad estos mitos presuponen

la acción de los auténticos redentores, los grandes héroes que llevan a cabo una misión trascendental para la cual están dotados de fuego divino. Desde el siglo XIX la función y las características de estos superhombres han variado poca cosa. Distinguidos pensadores de muy diferente proveniencia ideológica — como Carlos Cullen, Enrique Dussel, Orlando Fals Borda, Ezequiel Martínez Estrada y Leopoldo Zea — han celebrado sus virtudes: los caudillos son vistos como los seres llamados por Dios para corregir por cualquier medio a una sociedad que habría perdido sus genuinas normas de justicia. Ellos tienen el trágico destino de cargar con los pecados de su pueblo y, guiados por los imperativos de la tierra y por el genuino espíritu latinoamericano, cumplen con la sagrada misión de combatir el "imperialismo" del Norte y sus valores de naturaleza egoísta y foránea.

Como toda creencia dogmática, los credos políticos de contenido redentorio carecen de la proporcionalidad de los medios. Estas construcciones de ideas muy populares en un medio impregnado por una religión absolutista reproducen un esquema evolutivo simple, pero muy arraigado en la cons-

ciencia colectiva. El desarrollo humano empieza en un paraíso de la igualdad, la fraternidad y la prosperidad, adonde hay que regresar después de pasar por el valle de lágrimas que representa la sociedad clasista y egoísta. El ambiente en el cual florecen estas concepciones radicales y estos líderes heroicos adopta un carácter apocalíptico: la certidumbre de que la revolución total es inminente. El camino al calvario puede estar acompañado de violencia extrema, cuya responsabilidad reside en los otros, en los explotadores. Aquellos que nos muestran el sendero correcto son una especie de mártires, a quienes corresponde nuestra admiración y gratitud, y de ninguna manera nuestra distancia analítica o nuestra desconfianza ética. Por ello los redentores políticos están a menudo por encima de toda crítica. Hay que criticar ese *sentido común* favorable al populismo tan expandido y aparentemente tan sano y claro.



En este espacio, El Duende traza un panorama de la labor editorial boliviana a través de sus protagonistas. Editores que concretan y difunden las ideas y la creación de las y los autores. Un recorrido por la labor de un gremio imprescindible

Editorial 3600

3600 editorial

Para decirlo en números: ocho años de vigencia; 300 libros; cinco colecciones: (narrativa, poesía, ensayo, infantil y periodismo); tres premios nacionales, los más importantes: Nacional de Novela, Nacional de Poesía "Yolanda Bedregal" y Concurso Nacional de Literatura "Franz Tamayo" (de cuento).

Para decirlo en nombres: Adolfo Cárdenas, uno de los mejores narradores paceños; Matilde Casazola, emblemática poetisa y cantautora, y Juan Pablo Piñeiro, uno de los más destacados escritores bolivianos de inicios de los 2000. Pero además Juan de Recacoechea, Víctor Hugo Viscarra y Manuel Vargas, entre otros.

Para decirlo en títulos: *Periférica Blvd.*, la novela boliviana más vendida en los últimos lustros, y *Cuando Sara Chura despierte*, la obra literaria más reciente entre las incluidas en la Biblioteca Boliviana del Bicentenario, acaso el más ambicioso canon de libros nacionales, y *La del estribo Obra completa de Víctor*

Hugo Viscarra, libro definitivo sobre el desaparecido narrador, un fenómeno de ventas, lectores y crítica a inicios del milenio que corre.

Pero hablar de la editorial 3600 es mucho más que esto. Luego de más de una década como parte de Gente Común, Marcel Ramírez, gerente general y fundador, tomó un nuevo rumbo y a inicios de 2013 conformó un nuevo equipo editorial. Así surgió 3600, una ambiciosa iniciativa que tardó poco en consolidarse en el panorama editorial-literario paceño y nacional.

No es fácil publicar –en nuestro medio, sobre todo, e incluso en muchos países de la región– a razón dos o más obras por mes (salvando el "año muerto" por la pandemia) y además –en esto hay que hacer énfasis– tomarse el trabajo de seleccionar cuidadosamente cada título y autor. Ese es el espíritu de 3600.

Hace pocas semanas se recordó el octavo aniversario de inicio del proyecto: fue el 19 de febrero de 2013 cuando el logotipo definitivo de 3600 se colocó en el primer libro: *Forasteros en Flores*, la edición XXXIX del Concurso Nacional de Literatura "Franz Tamayo". "El motivo de ser de la editorial –cuenta Ra-

mírez– siempre fue la difusión de voces de la literatura boliviana dentro del país. Es decir, el objetivo principal es dar la oportunidad al público nacional de conocer tanto a autores consagrados como a nuevas voces".

La esencia, la diferencia

Pero si hay algo en lo que Ramírez quiere hacer énfasis es en la selección del catálogo y en el trabajo cuidado, minucioso y honesto en cada libro. "Me interesa ante todo la calidad, es por eso que si los directores de cada colección no aprueban un libro, sea del autor que sea, este no sale", asegura.

Willy Camacho, director general de 3600, cuenta otro de los puntales que caracterizan a la casa editorial: "no se trata de publicar solo autores consagrados, sino de seguir promocionando escritores jóvenes, pero ayudándolos a pulir sus textos (a unos más, a otros menos), para que sus libros no desentonen (en términos de calidad literaria, no solo ya estilísticos o estéticos)".

"Si en algún momento –agrega Willy– sobre todo durante la pasada década, hubo editoriales que aceptaron acuerdos "especiales" de publicación (el autor pagaba parte, o incluso el total, del di-

nero requerido para la impresión), creo que esto ocurre cada vez menos, pues las editoriales bolivianas, para subsistir en un mercado global y descontrolado, necesitan distinguirse por la calidad de sus catálogos".

Y es que las editoriales deben ser responsables de lo que publican y tomarse el trabajo de editar y exigir una labor rigurosa con los textos. Eso es muy sano para los jóvenes que están comenzando a escribir, un sector esencial para esta editorial.

Al buen estilo de conocidas casas editoras europeas o estadounidenses –y en condiciones abismalmente diferentes– 3600 quiso crear de manera paralela a su aparato editorial un ala de difusión: *88 grados*, revista de literatura momentáneamente en pausa; El hado propicio, una colección abierta a coedición con otras instituciones y autores; y por último pero no menos importante, la colección de Obras completas: a la fecha, la editorial paceña tiene publicadas o en proceso de edición la totalidad de los títulos de Adolfo Cárdenas, Matilde Casazola, Claudio Ferrufino-Coqueugnot (autores vivos); Juan de Recacoechea y Víctor Hugo Viscarra (autores fallecidos) y, muy pronto, la obra narrativa de Jesús Urzagasti.